

palabra, como no fuera sobre algún asunto relacionado con su profesión. La última vez que habló en el Parlamento, fué con motivo del Canal de Suez y en una cuestión local de Londres.

Además de construir el ferrocarril entre Alejandría y el Cairo, fué consultado por el rey de Bélgica, como su padre, respecto á las líneas férreas de aquel país. Fué nombrado también caballero de la orden de Leopoldo, á causa de las mejoras que había introducido en las locomotoras, las cuales prestaban tan útiles servicios al sistema belga de comunicación. También fué consultado por el rey de Suecia respecto al ferrocarril entre Cristianía y el lago Miosen, y en prueba de consideración por sus servicios, fué condecorado con la gran cruz de la orden de San Olaf, visitando además Suiza, el Piamonte y Dinamarca, con objeto de dar su opinión respecto á cuestiones ferroviarias.

En la Exposición de París de 1855, el emperador de Francia lo agració con la Legión de honor, como recompensa por los servicios prestados á la Sociedad en general; y en su país, la Universidad de Oxford lo hizo doctor en leyes. En el referido año 1855, fué igualmente designado para ocupar la presidencia del Instituto de Ingenieros civiles, cargo que desempeñó dignamente y con notable acierto durante dos años, siendo reemplazado por su amigo Locke.

Stephenson era llamado con frecuencia á servir de árbitro entre los contratistas y las compañías, ó entre dos de éstas, concediéndose gran importancia á su fallo, á causa de su buen juicio, su gran experiencia y su carácter íntegro. Era opinión

general que sus decisiones llevaban invariablemente el sello de la imparcialidad y la justicia. Como su padre, siempre se hallaba dispuesto á tender una mano amiga al necesitado, sin que jamás las rivalidades y los celos entre él y sus compañeros de profesión, encontraran abrigo en su pecho.

El autor recuerda que una noche, estando en casa de Stephenson, en la plaza de Gloucester, recibió una carta de Brunel, ocupado entonces en las primeras vanas tentativas para botar al agua el *Gran Oriental*, en la cual, rogaba á Stephenson que fuera á Blackwall al día siguiente, de mañana, con objeto de dar su opinión respecto á la operación que se estaba efectuando. A este llamamiento respondió Stephenson presentándose al otro día, poco después de las seis de la mañana, en el astillero de Scott Russell, donde permaneció hasta la caída de la tarde.

Cerca de medio día, mientras presenciaba la operación de la botadura, el montón de maderos en que estaba subido se descompuso, y se hundió hasta la cintura en el fango del Támesis. Y como se hallara a cuerpo, como de costumbre, sin sobre todo, á pesar de ser el tiempo desagradable y frío y tener un calzado endeble, le aconsejaron que fuera á mudarse, ó al menos que se secara. Roberto con la indiferencia, por las cuestiones de salud, que le era tan característica, contestó. « Esto no es nada; no os ocupéis de mí; estoy muy acostumbrado á estos percances. » Y diciendo esto se marchó, caminando tranquilamente sobre el fango, con un cigarro en la boca, hasta cerca del anochecer, cuando ya casi se iba á suspender el trabajo. El

resultado de este enfriamiento fué una pneumonía, que le tuvo en cama quince días.

Por lo general, se ocupaba poco de su salud, y es posible hiciera un uso exagerado y tal vez perjudicial de los narcóticos; de ahí que con frecuencia se hallara trastornado y á veces indispuerto. Cuando Sopwith lo acompañó á Egipto en el *Titania*, en 1856, logró persuadirlo á que pusiera coto al trabajo y á los estimulantes, lo que dió por resultado que al final del viaje se encontrara, según él mismo decía, completamente rejuvenecido. A su llegada á Marsella telegrafió á su casa, describiendo el plan de conducta que á su vuelta se había de seguir. Pero su carácter débil y de fácil acceso, no pudo resistir á las influencias del medio ambiente.

Cuando se embarcó para Noruega, en 1859, aunque delicado de salud, parecía todavía un hombre bastante duro y resistente; pero á su vuelta, la enfermedad que había de poner término á su vida, se había apoderado de él; una congestión del hígado, que primero se manifestó en una ictericia y después, degeneró en hidropesía, de la cual murió el 12 de Octubre, á los 56 años de edad. Fué enterrado al lado de Telford en la abadía de Westminster, entre los hombres más notables de su país. Fué acompañado á su última morada por muchos de sus íntimos amigos de la infancia y de la juventud. Entre los que se congregaron en torno de su tumba figuraban algunos de los hombres más distinguidos de la nación, que aprovecharon aquella triste ocasión para pagar el último tributo de aprecio

al hijo ilustre del trabajador más grande de Inglaterra

Sería impropio, dado el punto á que ha llegado esta narración, hacer un panegirico del carácter y las obras de Jorge y Roberto Stephenson, las cuales hablan por sí mismas, sin necesidad de apologistas que las ensalcen. Ambos fueron lo que verdaderamente puede llamarse hombres completos, y los dos dieron á conocer durante su vida cualidades tan distinguidas como apreciables.

Muy pocos han empezado á vivir en condiciones más desfavorables que el primero: nacido de condición humilde, aunque rico en dones naturales, tuvo desde el primer momento que fiarlo todo á su esfuerzo personal, conquistando cada paso que daba en su carrera, á fuerza de paciencia y laboriosidad. Trabajando como maquinista ó como ingeniero, siempre dedicaba al asunto todas sus facultades y éste, embargaba completamente su espíritu. Como el pintor, podía decir que había logrado llegar á la altura á fuerza de no olvidar ningún detalle y en cualquier cosa que se hallara ocupado, no había nada, por insignificante que fuera que considerara como indigno de su atención. Todo lo efectuaba poniendo en la obra voluntad y energía, sin que desmayara en su empresa ni un momento.

Como obrero, puso su inteligencia y su brazo en la obra: como patrón, á ella aportó su conciencia y su dignidad. Jamás le preocupó el deseo del lucro. El material que usaba, como el trabajo efectuado, debían ser igualmente buenos y las construcciones que proyectaba se distinguían por su solidez y utilidad dándose á conocer sus loco-

motoras por su duración y excelentes condiciones para el trabajo. Las que envió á los Estados Unidos en 1832, se hallaban en buen estado treinta años después; y hasta las construídas por él para la mina de Killingworth, siguen trabajando todavía. En todo trabajo que realizaba, resplandecía la buena fe, lo que daba un carácter típico á todas sus empresas.

Dispuesto á dedicarse á todo, lo mismo se inclinaba á la construcción de calzado y á la relojería, que á la de ferrocarriles y locomotoras. Movido sólo por el deseo de salvar la vida de los mineros, construyó su lámpara de seguridad, experimentándola con riesgo de su vida. Para él, el tomar una resolución y llevarla á cabo, era siempre la misma cosa. Muchos hombres sabían bastante más que él, pero ninguno se hallaba más dispuesto á dar á sus conocimientos un carácter más práctico. Trabajando en Willington como guarda freno, fué cuando primero aprendió el manejo de la pala, al sacar el lastre de la bodega de los barcos. Esta ocupación, de carácter puramente casual, dejó impresa en su mente la huella de lo que un duro trabajo significa. Esto hacía que con frecuencia recordara, diciendo á los jóvenes que lo rodeaban: « ¡ Ay, muchachos, ninguno de vosotros sabe lo que un duro trabajo representa ! »

El señor Gooch dice, que se mostraba orgulloso de la destreza que había adquirido en el manejo de la pala y que con frecuencia le había visto tomarla de manos de un trabajador, ocupado en el corte de una trinchera, enseñándole el mejor modo de usarla para cargar vagones.

Sir Joshua Walmsley nos informa que al examinar las obras del ferrocarril de Orleáns á Tours y observar que un gran número de trabajadores, ocupados en una trinchera, desempeñaban su cometido torpemente, se dirigió á ellos, diciéndoles que les mostraría el medio de desempeñar su cometido en la mitad del tiempo hasta entonces empleado. Les indicó la posición más conveniente en que debían colocarse, para hacer uso del mayor esfuerzo, con la menor pérdida de energía posible, llenando los carretones de mano con relativa facilidad, una y otra vez; de este modo causó una verdadera satisfacción á los trabajadores.

Al recorrer sus propios talleres, también solía llamar la atención de la gente, haciendo se fijaran en el modo de realizar su trabajo con arte y hasta cierto punto con facilidad. De este modo hacía partícipes á los demás de su energía, animándolos é influyendo en ellos, como hacen siempre los grandes caracteres, que tanta acción ejercen sobre las muchedumbres.

El trato que usaba con los que trabajaban á sus órdenes, era, aunque familiar, firme y severo, siendo el respeto mutuo y constante por ambas partes. A pesar de considerarlos como iguales, poseía, sin embargo, el arte especial de gobernar, que le permitía mantener entre ellos la disciplina, y que prestaran sus servicios sin violencia y con toda la buena voluntad y resignación posibles.

El señor Ingham, diputado por South Shields, al visitar sus talleres de Newcastle, quedó encantado al ver el modo que el patrón tenía de tratar

á sus obreros. « Nada — decía dicho señor — denotaba familiaridad excesiva en sus relaciones, y no obstante, se hablaban como iguales: agradaba tanto a Stephenson, como el presentar ejemplos de la ingenuidad y franqueza con que se expresaban sus trabajadores. Con frecuencia tomaba una pieza y se extendía en sinceros elogios sobre el arte y la precisión con que había sido acabada. El crédito de los que trabajaban á sus órdenes, así como el de sus discípulos, le interesaba vivamente, y aunque indiferente á lo que pudiera decirse de él, se alteraba al momento, en cuanto oía criticar á cualquiera de los que habían estado á sus órdenes. »

Sus maneras eran sencillas, modestas y nada pretenciosas, pero siempre varoniles siendo de carácter franco y sociable. Mientras fué un trabajador, procuró cuidadosamente que lo respetaran y como sus compañeros se fijaran en su conducta, su ejemplo causó más efecto en ellos que los libros y las escuelas. Su afán por la instrucción hizo respetable su pobreza y adornó su humilde techo, y al elevarse á una posición más alta asociándose con personas de las más distinguidas é influyentes del país, lo hizo con tal naturalidad y de modo tan respetuoso, que todos se admiraron de la facilidad con que se adaptaba á su nuevo modo de ser. Esto fué motivo de que muchos de aquellos dijeran al hablar de hombre tan extraordinario, que « era un caballero por naturaleza. »

No es probable que jefe militar alguno fuera nunca más querido de sus soldados de lo que lo fueron padre é hijo de las legiones de obreros que

á sus órdenes dedicaron sus energías con provecho propio, á útiles empresas y que gracias á ellos se convirtieron en un trabajo relativamente agradable. Verdaderos directores de los obreros, y señores de la industria, siempre se hallaban dispuestos á reconocer y estimular el talento de los que trabajaban á su servicio ó en su compañía. De este modo, causaba placer al inaugurarse las líneas por él construídas, oírle atribuir el éxito alcanzado al concurso de los que habían contribuído á la realización de las obras, y en justa correspondencia sus colaboradores, hacían lo mismo respecto al ingeniero jefe.

Jorge Stephenson, aunque hombre económico y frugal, no tenía nada de avaro. Las dificultades con que había luchado en el primer tercio de su vida, le hicieron que no malgastara sus recursos. Pero si ahorra, no lo hacía por el placer de acumular, sino con un objeto determinado, como por ejemplo: el de atender á las necesidades de sus ancianos padres ó á la educación de su hijo; y aunque en sus últimos años disfrutó de una posición próspera y desahogada, las riquezas no afectaron á la bondad de su corazón, ni turbaron su espíritu gozando apaciblemente de la vida por el bien realizado.

Al entrar en alguna empresa comercial, ya fuera por su cuenta ó en representación ajena, estudiaba detenidamente sus condiciones económicas; y si no las consideraba completamente satisfactorias, se negaba á entrar en el negocio, manifestando que no quería verse envuelto en especulaciones de mala ley. Su firme resolución de no vender su

nombre para los proyectos que surgieron en la época de la manía ferroviaria, sus trabajos en el trazado de la línea española, realizados sin retribución alguna, y su ofrecimiento de posponer el pago de sus honorarios, por tratarse de una compañía pobre, hasta que ésta mejorara de posición, son muestras evidentes de su proceder, siempre noble y desinteresado.

La paciencia era otro de los rasgos más característicos que le distinguían. A pesar de sus profundas convicciones respecto á la aplicación que pudiera darse á la locomotora, esperó mucho y pacientemente, aguardando la oportunidad para darla á conocer; y durante años, después de haber perfeccionado su invento, continuó como si tal cosa, dedicándose al trabajo ordinario de la mina, sin pretender crear atmósfera en torno de su máquina, dejando que otros trataran de engalanarse con los resultados por él obtenidos en el ferrocarril de Killingworth.

Por medio de su paciente y laborioso trabajo, unido á sus ingeniosas combinaciones y á la poderosa ayuda que le prestara su hijo, pudo hacer con la locomotora lo que Jaime Watt había hecho con la máquina de condensación. Habiéndola encontrado tosca y deficiente, logró hacerla poderosa, útil y práctica. Ambos han sido considerados como los reformadores de sus máquinas respectivas. De todos modos si se tiene en cuenta la importancia de la parte que á ellos corresponde, debían ser considerados en justicia como sus inventores. Los dos han contribuído á aumentar indefinidamente el conjunto de las comodidades y pla-

ceres que se hallan al alcance del hombre, haciéndolos de fácil acceso para todos.

Sin embargo el invento de Jorge Stephenson, por la influencia que diariamente ejerce en la civilización del mundo, es todavía más notable que el de Watt, y parece llamado á tener más importantes consecuencias. Considerado desde este punto, debe mirársele como la más grande aplicación de la fuerza de vapor descubierta hasta el presente.

Las delicadas y detenidas observaciones que hizo, le proporcionaron una masa de información sobre muchos asuntos particulares, que á menudo parecía sorprendente á los mismos que habían dedicado á su estudio una detenida atención. En cierto momento, puso de relieve de un modo curioso, sus conocimientos respecto á los pájaros, en una Asamblea celebrada en Londres por gentes interesadas en los ferrocarriles. Como los ingenieros y directores de las compañías, solo se conocían por sus relaciones con este negocio y nada más, la conversación no había cesado de girar sobre dicha materia, de la cual Stephenson se ocupaba siempre extensamente, siendo escuchado constantemente con interés, por su mucha experiencia y autoridad.

Pero al fin, alguien se mostró cansado de que solo se tratara de un asunto y dijo: «Vamos á ver, Stephenson, no nos hemos ocupado más que de ferrocarriles, ¿no sería posible variar y hacer que se tratara de otra cosa? — Indudablemente; respondió aquél — os dejo la elección de la materia; ¿de qué queréis que se hable? — De nidos de pájaros — replicó el otro. — quien se preciaba de

tener profundos conocimientos sobre el particular. Como queráis — replicó Stephenson ; tras lo cual siguió una animada conversación, en el curso de la cual recordó los nidos de pájaros de su juventud : los de tordos que había contemplado, cuando su padre lo tenía en brazos y mientras era niño, en Wylan ; los vallados en que encontraba los mirlos, y otros pajarillos : los lugares donde el petirojo construye el suyo ; las ramas de los tiernos árboles donde el pinzón construye su morada ; todo surgió de nuevo ante su mente, trasportándolo á las escenas de su juventud en Callerton y en Dewley Burn.

El color y número de los huevos ; el período de su incubación ; el material empleado por las aves en la construcción externa é interna del nido. Todo lo describió con tal precisión matizándolo con tan gráficas anécdotas, que uno de los presentes manifestó que si Jorge Stephenson no fuera el ingeniero más grande de su época, podría indudablemente ser uno de los naturalistas más distinguidos.

Su locuacidad era notable, y sus ideas originales y sugestivas no habiendo apenas ninguna rama de la ciencia sobre la cual no hubiera formado alguna nueva y á veces atrevida teoría. Así, por ejemplo, el señor Gooch, su discípulo, que vivió con él durante su residencia en Liverpool, nos refiere que sentado ante la chimenea, solía referirse con frecuencia á su teoría favorita respecto al calor y la luz, encerrados en el carbón.

Su hijo Roberto dijo una vez, hablando de él : « mi padre se fija en un asunto é inmediatamente

se apodera de él : su admirable buen sentido y su larga experiencia, teniendo por base una inteligencia no vulgar, son las que realizan el milagro. »

El obispo de Oxford, relató la siguiente anécdota, referente a Stephenson : « El otro día oí la contestación dada por ese hombre notable, que se ha educado á sí mismo, que manifestó su desconfianza respecto á la utilidad de los exámenes llamados de competencia. Con este motivo decía : « desconfío de su eficacia por la razón de que en mi concepto, han de conducir á una instrucción más aparente que real » ; agregando después : « permitidme que os dé un consejo : nunca juzguéis el pavo por su relleno ».

Hablando en una ocasión con un relojero, dejó á éste sorprendido por su extensos y detallados conocimientos en la materia. Y como éste sólo lo conocía como eminente ingeniero, le preguntó como había adquirido tantos conocimientos en una rama de la industria tan poco relacionada con su profesión. « La explicación es fácil — dijo Stephenson — me dediqué durante mucho tiempo á limpiar relojes, y cuando hallaba alguna dificultad, nunca me avergonzaba de preguntar sobre el modo de resolverla ».

Como hemos dicho, su mano se hallaba siempre abierta leal y generosamente para sus antiguos compañeros de trabajo, á quienes la vejez había dejado en la miseria. Al pobre Roberto Gray, de Newburn, que fué su padrino de boda, cuando se

casó con Fanny Henderson, le dejó una pensión vitalicia. Con frecuencia deslizaba un billete de cinco libras en la mano de algún infeliz ó alguna viuda, de modo que no se ofendiera su delicadeza, sino procurando hacerlo de manera que pareciera ser él el agraciado. Cuando el labrador Paterson, que había contraído matrimonio con una hermana de la primera mujer de Jorge, murió dejando á su numerosa familia sumida en la miseria, « todo se remedió — dice el que nos suministró el informe — reemplazando Stephenson la vacante que había dejado el padre ». Es indudable que el carácter providencial de tal acción, no se puede expresar en términos más gráficos que en estas sencillas palabras. Cuando iba a Newcastle solía visitar con frecuencia á sus antiguos amigos, que continuaban en la misma humilde posición, en tanto que él había adquirido una fama casi universal. Esto no era obstáculo para que los tratara con menos afecto de lo que lo hiciera cuando se hallaban en una misma posición. De este modo, un día, después de estrechar la mano al señor Brandling, que acababa de bajar de su carruaje, hizo lo propio con su cochero Antonio Whigan, amigo más antiguo todavía, á pesar de ir sentado en el pescante.

Roberto heredó de su padre sus nobles sentimientos y su disposición al bien. Ya hemos manifestado que con frecuencia se acudía á él para que mediara entre los que se hallaban en desacuerdo; figurando en primer término las cuestiones surgidas entre contratistas ó ingenieros. Una vez Brunel se quejó á él, que no podía li-

brarse, de sus contratistas, quienes jamás se hallaban satisfechos y nunca lo dejaban en paz.

« Tal vez la causa sea, que les exigís demasiado — dijo Stephenson; — tratadlos con más justicia y veréis cómo cambian ». — « Siempre procurarán explotarme de todos modos » — replicó el otro. — « Tal vez los juzgáis con rigor » — repuso Stephenson. — « Para mí, todos son unos bribones — agregó Brunel — hasta que no demuestren lo contrario ». — « Yo, por mi parte, sigo la opuesta senda: tomo á todos por buenos, en tanto que no me den motivo para creer lo contrario » — « ¡ Ah, pues entonces, temo que jamás nos pondremos de acuerdo! »

Roberto adoraba la memoria de su padre, encontrándose siempre dispuesto á atribuirle el mérito de las obras que él mismo había realizado como ingeniero. Una vez le oímos decir, que la educación esmerada que le había dado, y sobre todo, las lecciones que de él recibiera con su ejemplo, eran lo que le habían hecho hombre. En otra ocasión decía que todo lo hecho y todo lo que pudiera hacer respecto al futuro desarrollo de las cuestiones ferroviarias, confesaba con orgullo que era debido al padre, cuya memoria reverenciaba y jamás olvidaría. Hablando con el escultor Lough, dijo en otra ocasión, que solo había sentido dos grandes pasiones durante su vida: una por su padre y otra por su esposa.

Como Jorge, Roberto era eminentemente prác-